

# Cuando el Tiempo se Detuvo

Catalina Bastías



Image not found.

# Capítulo 1

Hubo un día en que se paró el tiempo.

Lo recuerdo perfectamente.

Perfectamente apocalíptico.

Recuerdo que desperté a las cuatro y media de la mañana, con la garganta seca por la resaca y, por la falta de aire, se me ocurrió abrir la ventana para poder ventilarme. Y fue ahí cuando lo vi. Las nubes en el cielo no se movían.

Cuando era pequeña, en algún momento, me di cuenta de que si miramos al cielo suficiente tiempo como para que nuestros ojos logren enfocar las nubes, entonces logramos ver como estas se desplazan de un lado al otro, probablemente empujadas por un viento que sopla con mucha más violencia por allá arriba.

Pero ese día, aunque uno mirara sin pestañear, las nubes seguían en donde mismo. La misma nube, misma figura, mismo tamaño. Me quede ahí mirando por un buen rato. Lo suficiente para que la curiosidad se fuera convirtiendo en pánico.

En general, cuando las nubes se mueven por ahí con total libertad, a penas unos pocos se toman el tiempo de admirarlas. Sin embargo, cuando ese día la gente empezó a despertar naturalmente porque a pesar de no tener nada de sueño sus alarmas seguían sin sonar, la mayoría empezó a sacar su cabeza por la ventana para ver que pasaba. Y se daban cuenta del mismo detalle que yo: el cielo estaba en pausa.

Yo también llevaba un buen rato mirando por mi ventana, atónita, que era lo que pasaba. Pero no pasaba nada. La pantalla de mi teléfono llevaba mucho tiempo pegado en la misma hora. Las cuatro y treinta de la madrugada.

Y, mientras seguía mirando el cielo desde la ventana de mi departamento, un segundo piso, vi que muchas cabezas se empezaron a asomar por todas las ventanas de todos los pisos superiores, tanto de mi edificio como del edificio del frente. La imagen aún me hace un poco de gracia, porque debido a la altura del edificio, cada cabeza que se asomaba en un piso ms altos se veía mas diminuta e insignificante. Ahí, cuando vi que no era la única mirando el cielo, la sensación de que mi estupor era un sentimiento compartido hizo que el pánico menguara un poco.

Mientras seguía viendo este espectáculo, medio nerviosa y medio intrigada, fue que me percaté que habían otros detalles que también

hacían esta imagen tan surreal.

No había viento. Ni una brisa.

No se movía ni una pelusa, ni un grano de arena. Ese sonido que tanto disfruto, el de las hojas de los arboles revoloteando entre ellas debido al viento, se había extinguido.

Y no era lo único extinto.

Tampoco se escuchaba ni un animal, ni un ladrido, ni un maullido, ni un pájaro cantando. Esto último también era curioso, porque los pájaros suelen cantar a esas horas de la madrugada. Pero nada. Silencio total.

Lo único que se empezó a escuchar de a poco fue un murmullo asustado de personas comentando esta extraña situación.

Los faros de las calles, que suelen estar prendidos de noche, eran la única iluminación que teníamos. Nadie se atrevía a salir de su departamento ante tal incertidumbre, y menos a exponer su lugar seguro, su hogar, prendiendo la luz.

Estaba sola en mi departamento, y a pesar de que todos los días a las cuatro y media de la mañana se debe ver igual, ese día me sentí vulnerable e insegura. Como si el silencio y la oscuridad me dejaran expuesta a toda clase de maldad.

Y así, tal y como de la nada todo se había paralizado, también de la nada todo volvió a la normalidad.

De un momento a otro un pájaro pasó volando frente a mi ventanal. Su aleteo en un principio me sobresaltó. Pero cuando los ladridos de los perros, el maullidos de los gatos, e incluso un rayo de sol comenzaron a invadir mi pieza, entonces volví a respirar tranquila. Y así, progresivamente, todas las cabezas volvieron dentro de sus departamentos, sin que nadie mirara atrás.

Tres horas después, cuando iba saliendo hacia mi trabajo, vi a muchas de esas cabezas camino a los suyos. Yo los iba mirando a todos, lista para entablar conversación con quien me dirigiera una mirada. Pero nadie comentó nada. Y fue como si no hubiera pasado nada, como si a todos se les hubiera olvidado la noche más extraña que, al menos yo, he tenido en mi vida. Todos, tal y como siempre, andaban apurados con sus maletines en mano, sin mirar nada de lo que pasaba alrededor.

Y me habría gustado saber como todos siguieron con sus vidas, tan indiferentes. Porque lo que es yo, aun me siento perturbada por ese

extraño episodio.

Le he dado muchas vueltas al asunto, pero lo único que me parece plausible es que haya sido una demostración del poder de la naturaleza que nos rodea.

Egocéntricamente todos siguieron sus vidas como si nada, como si tuvieran el control sobre todo. Todos se olvidaron de esa madrugada, en donde se nos demostró que en realidad no tenemos poder sobre nada. Pero yo no me puedo olvidar de esa imagen tan escalofriante. Porque, a pesar de que solemos pensar que la naturaleza es dócil y frágil, los verdaderamente débiles somos nosotros. Y la verdad es que estamos a merced de esta. Porque si todos siguieron con sus vidas y decidieron olvidar, fue por que ella nos dejó hacerlo. Y así como en ese minuto dejó que el tiempo siguiera su curso, algún día volverá a hacer otra demostración de poder. Y esa vez será la definitiva. Y nos vamos a dar cuenta porque, cuando eso pase, vamos a rogar para que vuelva a detener el tiempo.